

Parece que en estos últimos años hemos comenzado a recuperar espacios críticos de acción que permanecían ocultos en el discurso hegemónico que impregna nuestra realidad. Este último parecía haberse alzado como un alegato imposibilista o contrario a cualquier tipo de respuesta autogestionada al margen del sistema capitalista, impregnando una cosmovisión cuasi global de un fuerte sentimiento desalentador a este respecto. La frustración de numerosos movimientos contraculturales y contestatarios en las últimas décadas del siglo XX en Occidente, sumada a la iconización exhaustiva del mundo contemporáneo a través de los grandes medios de comunicación bajo unos mismos parámetros desfavorables, fueron poco a poco desmovilizando las calles y haciéndonos asumir que el curso de los acontecimientos sociales, económicos y políticos, quedaban absolutamente fuera de nuestro alcance.

Con el paso del tiempo y el azote de la crisis –que se ha notado con especial intensidad tanto en Grecia como en España–, las alternativas a un sistema cada vez más opresivo se han convertido en una necesidad vital, y han acabado floreciendo en un devenir natural de los acontecimientos. Cuanto más tecnocratizada se ha visto la política en los gobiernos, mayor ha sido la politización de la tecnología por parte de sus sociedades, que la han puesto a su servicio y la han utilizado para indagar nuevas formas de organización al margen de la lógica establecida.

El surgimiento del movimiento del 15 de mayo ha marcado, en este sentido, un punto de inflexión en España que ha resultado contagioso. Cuando se acampó en las principales plazas de las ciudades españolas, en un guiño a la acampada de Tahrir, en el Cairo, realizada durante las protestas de la primavera árabe, se llevaron a cabo numerosas propuestas y acciones en común con la finalidad de modificar la realidad y recuperar el control que habíamos perdido en un contexto de austeridad y corrupción cada vez mayores. Estas formas organizativas se reprodujeron en diversos países, y cristalizaron y se trasladaron a los distintos barrios, centros sociales y determinados puestos de trabajo donde se han mantenido, hasta el momento, como importantes espacios de resistencia a través de los que se sigue generando poder popular.

En Grecia, estos movimientos autónomos son anteriores y han tenido incluso más fuerza, lo que no resulta sorprendente si tenemos en cuenta que el país heleno, en unas dificultades aun mayores, está sirviendo de laboratorio a los mercados para probar el grado de asfixia económica que es capaz de tolerar una sociedad antes de estallar. Con esta presión vuelve a demostrarse la tremenda capacidad de adaptación de los pueblos, no solamente aprendiendo a sobrevivir en la miseria, sino siendo capaces de abrir nuevos horizontes de posibilidades que les permitan llevar a cabo una vida digna. En estos últimos años se ha experimentado, tanto en Grecia como en España, un crecimiento de las economías cooperativas, redes de solidaridad y prácticas alrededor de bienes comunitarios, basadas todas ellas en organizaciones cada vez más horizontales.

Como no podía ser de otra forma, estas alternativas al actual sistema socioeconómico, en manifiesta decadencia, han sido instrumentalizadas por parte de los partidos políticos, con especial provecho para las nuevas formaciones. Sin embargo, esta nueva perspectiva que tenemos delante, no tiene necesidad de pasar por las instituciones. De hecho, se ha ido configurando al margen de las mismas. En todo caso, harían bien las distintas formas institucionales en tomar nota.

En España, el partido político Podemos, liderado por Pablo Iglesias, ha conseguido aunar numerosos perfiles de la izquierda bajo sus siglas apropiándose de los lemas del 15-M. Paradójicamente, no encontramos en su estructura la horizontalidad de la que tanto presume, como en estos textos se analiza, ni unas propuestas claras que definan sus intenciones de cara a las próximas elecciones generales, que se celebrarán en tan sólo tres meses. De momento, parece que Podemos ha logrado canalizar gran parte del descontento generalizado, pero aparentemente a costa de estos otros movimientos tan vivos y autónomos, ya que su auge ha coincidido con una desmovilización cada vez mayor de las calles. A través de unos discursos cada vez más emocionales, indefinidos y totalizadores, Podemos ha conseguido venderse como la única alternativa real de la izquierda, una alternativa que menosprecia de este modo la capacidad emancipadora de los movimientos de los que presume haber nacido.

Por su parte, el resultado de la coalición de las numerosas tendencias de la izquierda que conforman Syriza, no parece haber sido mucho más alentador. Con un discurso mucho más concreto

que el de Podemos, la formación que preside el nuevo gobierno griego también ha sabido aprovechar la fuerza generada en las calles en su propio beneficio. Lo ha hecho recordándole a su pueblo, en el momento de mayor trascendencia política, a la hora de aceptar o rechazar los chantajes de la Troika, y tras previa consulta para más humillación, que los partidos políticos representan siempre, en última instancia, a sus propios intereses. Cabe destacar que, tanto en el caso de Podemos como de Syriza, sus propuestas de cara a combatir o modificar el sistema capitalista han sido en todo momento tímidas y por completo insuficientes.

Ahora que estas nuevas prácticas nos han hecho recordar que la realidad no es unidimensional, como pretenden vendérsela a través de los medios de comunicación, y que otros modelos basados en la solidaridad son factibles y están ganando cada vez mayor fuerza, es importante establecer una mirada crítica con la que poder llevar a cabo una ordenación de datos generalmente dispersos. En los textos que aquí se incluyen tratamos de abrir un modesto horizonte en este sentido, y esperamos que puedan ser también útiles para nuestros compañeros griegos a los que tanto debemos.

Estela Mateo Regueiro
Madrid, agosto de 2015